



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10878

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 11 DE JUNIO DE 1878

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casarville
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA «NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE»

Esta revista, que es una de las publicaciones francesas más interesantes, en su último número contiene muchas actualidades y exactas informaciones políticas, engalanándolo las firmas de Emilio Castelar, Jerónimo Napoleón, W. Bonaparte, Victor Emmanuel, Rattazzi, Nigra, Corretilla, Desprets, Albeus, Comte de Saint-Darsuzy, Fugairon, etc.

Con las notables páginas de Castelar, consagradas á la guerra, y con autógrafos de todos los hombres ilustres del siglo, alternan las «Cartas de una viajera», por Mad. Rattazzi. La última referente á España será muy leída. Mad. Rute termina su artículo con estas palabras:

«Será posible que el Gobierno francés permita que los Estados Unidos se apoderen de sus colonias de las Antillas y la Guyana? Y si en la guerra sucumben quinientos mil hombres, ¿es justo hacer pesar sobre España sola tan grave responsabilidad? España se bate por el honor; los yanquis por codicia: compárese entre ambos móviles. Creo firmemente que es hermoso luchar por el honor; que es justo defenderse cuando uno es atacado. Siendo legal devolver cuatro bofetadas cuando se ha recibido una inmerecidamente, no vacilo en calificar á los jingoistas de agresores y á España de admirable.

«Hago votos por el triunfo del patriotismo; creo, quiero creer y creeré hasta el último momento que España saldrá victoriosa del terrible conflicto y que la pérdida de sus posesiones en América no será permitida, porque sería un despojo de los más odiosos.

Yo, humilde grano de arena, quiero depositar en el altar de la Patria española el óbolo de mi fe, de mi entusiasmo, de mi ardiente anhelo por el triunfo de esta nación de héroes, cuya indomable energía asombra al mundo entero; y añado mi palabra y mi pluma para contribuir al resonante grito de admiración que se escapa de todos los corazones ante el brioso espectáculo que está ofreciendo un pueblo que se creía dormido entre los esplendores de su glorioso pasado y que manifiesta hoy, en su imponente despertar, alientos gigantescos, titánicos.»

Francos y Libras.

Puesto que el Gobierno parece haberse convencido de la vieja verdad de que á grandes males conviene aplicar grandes remedios, y puesto que *Solus populi, suprema lex est*, la misma razón que al Gobierno ha inspirado su ley prohibiendo la exportación de la plata, sugiérenos la idea de pedir se borren de las cotizaciones oficiales de Bolsa, las cifras determinantes del precio de francos y libras.

No queremos fundamentar nuestra opinión arguyendo con altos principios de derecho; para lo que el Gobierno ha hecho, para lo que ahora pedimos, basta una sola razón: el interés supremo de la Patria.

Cuando creíamos encontrar remedio á los males del agio, en la aplicación de la ley penal, pedimos se tratara á los agiotistas como á verdaderos criminales, poniendo de sobre su delito el artículo 527 del Código; hoy, convencidos desgraciadamente de que el Juez de instrucción y la guardia civil no van á la Bolsa, pedimos la prohibición absoluta de cotizar francos y libras.

¿Por qué? Trasciendo sobradamente á todos los órdenes de la vida, el precio que al oro asignan unos cuantos caballeros estampano como producto de aparentes contrataciones, lo que en realidad no es ni significa otra cosa que la tarjeta donde el jugador de ruleta marca las intermi-

tencias de los encarnados ó los negros, lo que en realidad no es otra cosa que la presión ejercida por los que mucho tienen ó mucho arriesgan sobre el comercio de buena fé, que compra lo que necesita y vende lo que le sobra.

No salieran las cifras de francos y libras del recinto de la Bolsa; no trajeran la elevación de los artículos de consumo, y con ella el hambre; no fueran el medio de espoliar al Tesoro, haciéndole pagar 200 por lo que vale 100; no significaran un interés de 10 por fo que le tiene señalado de 5, y lamentaríamos la cosa como un inmoral juego; pero no pediríamos, como pedimos, su represión como un crimen, su prohibición como un daño inmenso.

La verdad merece todo género de respetos; la libre contratación de las mercaderías, no los merece menos; pero ni el precio asignado al oro es verdad, ni su cotización procede de la concurrencia de la compra-venta.

Desde el momento que con los francos y libras se hace el juego de diferencias, en el cual la compra-venta no se perfecciona en estricto derecho, pues ni media la entrega real de la cosa ni la del precio, la operación ni es legítima, ni es verdad, ni cabe deducir de ella las funestísimas consecuencias que se deducen.

El Gobierno ha prohibido la exportación de la plata, justamente alarmado ante los horrores del agio; el Gobierno debe prohibir la cotización de francos y libras si no quiere seguir haciendo víctima á la Patria de las infames maquinaciones que llevan al listín cifras mentiras.

Nuestra actitud está de hace tiempo definida: ó cerrar la Bolsa, ó abrir la Cárcel, digámos, y pues la Cárcel no se ha abierto para los agiotistas del oro, ciérrese para ellos la Bolsa.

CARTA DE MADRID

Sr. Director:
Muy Sr. mío: Quisiera en esta carta haber empezado á ocuparme de la Exposición de industrias nacionales, de industrias modernas, ó como se llame ahora, porque varía de nombre cada 15 días, pero el estado de mi salud no me

ha permitido visitarla con el detenimiento que debo hacerla y dejo para otra carta este trabajo.

Así como de pasada, haré constar que ni la industria nacional ni los industriales españoles pueden haber hecho más, ni el Gobierno ni los encargados de la exposición pueden haber hecho menos ni peor.

No se explica que hombres como el Duque de Sexto y como Jordana y Moreda, que han intervenido en tantas exposiciones, hayan hecho una cosa tan ridícula, tan minúscula y que en tan alto grado pruebe el desconocimiento que parecen tener de este género de certámenes.

El delegado Sr. Soler, que es una excelente persona, se figura que sabe algo de exposiciones y tiene en estas materias el mismo conocimiento que debe tener en lengua Arabe.

En la exposición no hay clasificación, no hay uniformidad; un espíritu de sordidez y de economía ridícula, ha hecho que no se haya dado nada al espectáculo, en términos, que no hay ni siquiera asomos de ornamentación.

Ni se han publicado ni as de producción ni de precios de las cosas que exponen; ni se han hecho contratos con las compañías de ferrocarriles para traer viajeros á Madrid; no se ha hecho un plano de la exposición, los anexos parecen corrales, no se ha hecho nada en el subsuelo, no hay servicio sanitario ni de incendios, no se ha dado ni una sola conferencia sobre materias económicas y sobre todo que cobran sueldo y no flojes se han olvidado que en todo certamen hay un 60 por 100 de interés industrial, comercial ó artístico y un 40 por 100 de espectáculo.

Sin fiestas ni conciertos, sin procurar por todos los medios posibles hacer, no sólo interesante, sino agradable la visita á la exposición, no se logra que esta sea visitada, y por consecuencia no se realiza el objeto apetecido.

La experiencia nos ha demostrado que muchos que han visitado solamente como turistas las exposiciones de París y de Barcelona, han acabado por interesarse en ellas, por hacer compras á las casas que han exhibido y por venir á ocuparse de intereses industriales cuando solo empezaron por satisfacer un deseo de curiosidad y de solaz.

El restaurant de la exposición, es más

antiestético que un puesto de agua; y, en una palabra, la presentación es de lo más ridículo que puede darse.

Los industriales de toda España se habrán convencido una vez más de que en Madrid no hay más industrias protegidas que la política y la electoral, y que los catalanes, que en Barcelona saben hacer las cosas, en Madrid han hecho un verdadero buffuelo.

«Era yo de los que creían que al verificarse la reapertura la exposición se hubiera hecho algo por atraer al público; pero, no lo convenzo de que lo saben ó no quieren hacer más.

Los esfuerzos que han hecho los industriales, las preciosidades que han presentado deben ser conocidas del público, pero el público debe saber que una comisión compuesta de cesantes de consumos que nunca habrían salido del último villorrio de España, no podía haberlo hecho peor ni de modo más cursi ni más mezquino.

Las circunstancias políticas por que atravesamos han hecho que la prensa no se fije en la inmensa necesidad que se está llamando exposición y cuyos gastos por pequeños que sean constituyen un verdadero despilfarro, como es despilfarro y absurdo el tirar monedas al río aunque sean de cinco céntimos.

Industrial hay que pensaba retirar su instalación y los que han tenido el patriotismo de no hacerlo, son verdaderos inocentes, por que en España siempre resultan tales los que producen y trabajan.

Con decir á Vds. que se celebra una exposición en la que ni siquiera se ha pensado en dar premios y medallas á los expositores que se distinguen, está dicho el conocimiento y el interés con que la comisión se ha ocupado del asunto.

De noticias de la guerra poco puedo adelantar á Vds. Leyendo todos los telegramas que de los Estados Unidos publican los periódicos es absolutamente imposible formar criterio. La imaginación yankee se deja atrás á los hijos de Andalucía y como el generalísimo se llama Miles, hay miles de noticias contradictorias todas inspiradas en una soberbia tan injustificada como absurda.

El hecho es que aquella ocupación de Cuba que parecía según ellos tan sen-

marchaba en opuesta dirección, por lo que sería muy probable que ambos se encontrasen en la misma puerta de la posada.

Este incidente tan común, no alarmó á nadie, por cuanto el coche, que ya aparecía en el fondo, venía de la parte de Zaragoza.

El ventero debía poseer un magnífico instinto para conocer la categoría de los viajeros: se apresuró á abrir sus puertas de par en par, y apareció con un farol en la mano para alumbrar á los que iban á favorecer su establecimiento tal vez por toda la noche.

El buen hombre lanzaba miradas escudriñadoras á los que se aproximaban, y no pudo menos de sentir un movimiento de alegría al distinguir los dos coches encaminándose al cobertizo de su venta. Así fué en efecto: á los pocos minutos vinieron á encontrarse en un espacioso tinado, quedando en una posición paralela para no estorbarse luego que emprendiesen de nuevo sus respectivas marchas.

El ventero quedó en medio, alumbrando á los recién llegados, y como quiera que las portezuelas de los carruajes habían quedado una enfrente de otra, era fácil que los viajeros se encontrasen frente á frente al tiempo de cohar pié á tierra.

El coche que venía de la parte de Zaragoza esta-

cuantos inconvenientes pudieran tropezarse en la caminata. De trecho en trecho colocó excelentes tiros de mulas, y de aquí el que se multiplicase la rapidez de la marcha en tales términos que llegarían á Medinaceli antes de la madrugada.

Una vez en la villa de su protector, esperarían á Arcabuz y á don Fernando Ponce; se concertaría el modo mas á propósito para calmar al rey y hacer inútiles las pesquisas inquisitoriales, hasta que amaneciese un día mas bonancible. Sin embargo, era preciso prevenirse contra cualquier sorpresa, y esto preocupaba muy á menudo la imaginación de Leon y Martín.

Sobrevino la noche; con ella se extinguieron esos rumores de vida, esos relámpagos de luz que habían acompañado á los fugitivos. Las tinieblas lo envolvieron todo.

Después de una hora de marcha, en que cada cual se dedicó á sus ilusiones favoritas, se descubrió una venta en la que debían mudar de tiro. El cochero abelenó el paso, y todos con la curiosidad de viajeros contemplaron por un instante el objeto supremo donde iban á descansar algunos minutos.

Cuando ya distaban de la posada unos cincuenta pasos, distinguióse el ruido de otro carruaje que

que Santisteban necesitó largo tiempo para reponerse.

—¡Pero es verdad, Dios mío, que os debo la libertad y la vida! exclamó por último estrechando con sus manos una de las de Enriqueta.

—Nada me debéis, amigo mío, contestó la joven riendo y llorando á un mismo tiempo.

—No digáis eso, ¿por quién sino por vos y por mis amigos me halló en medio de esta espléndida naturaleza, de estos campos iluminados por un sol brillante, y sobre todo caminando á vuestro lado, sintiendo los latidos de vuestro corazón y recibiendo el fuego de vuestras miradas? ¡Ah! yo debiera á estas horas estar sujeto á una de esas piras fatales que sirven para reducir á carbon á multitud de víctimas, pero vos habéis podido mas que la Inquisición y mas que el rey.

Al pronunciar esta palabra, una nube cubrió su frente.

—No salvastéis mi honor? ¿No fuisteis preso por mi causa?

—Si, pero estos acontecimientos satisficieron demasiado mi amor para creer que solamente la gratitud os ha inclinado á triunfar en esta empresa.

—¡Ah! no es la gratitud, contestó Enriqueta. Ya sabéis que mi padre cedió el día dichoso y funesto